

**Fernando Cubides C \***

Gonzalo Cataño, *Historia, sociología y política: ensayos de sociología e historia de las ideas* (Bogotá: Plaza & Janés, Universidad Pedagógica Nacional, 1999), 282 p.

A las lectoras y lectores de la generación www este libro les ha de parecer de un anacronismo singular: sea porque algunos de sus ensayos versen sobre obras y personajes colombianos de los que apenas han logrado oír (¿Quiénes hoy en Colombia han leído a Nicolás Pinzón Warlostén o a Diego Mendoza Pérez?) sea porque en el tratamiento el autor de esta compilación de ensayos haga más de un guiño a la historiografía tradicional: se incluyen los árboles genealógicos de los personajes antes mencionados a los que están dedicados dos de los trece ensayos que componen este libro, o en fin y puesto que algunos de los textos fueron originalmente prólogos de otros tantos libros ya publicados porque el autor debido a ello se debata, como bien decía Borges de los prólogos, entre “una forma subalterna del brindis o una especie lateral de crítica”. Y la crítica se dificulta en particular cuando aborda a un personaje como Jaime Jaramillo Uribe, su maestro, y un historiador varias veces laureado.

Sin ser un prologuista de oficio como Cobo Borda, en cuanto al estilo el sociólogo Cataño denota una cierta inclinación por las expresiones pomposas, por lo declamatorio como lo requieren los escritos de ocasión (en su lenguaje, y tratando de eludir las reiteraciones por momentos la historia es “la ciencia de Clío” y la sociología “la ciencia de Comte”).

En medio de un conflicto tan agudo e intrincado como el que vive el país el que un sociólogo se sumerja de modo tan concienzudo en la documentación de una época que ya no es, el que cada una de sus afirmaciones sobre los autores de que trata esté sustentada en una escrupulosa pesquisa documental, en una reconstrucción hecha al detalle, se convierte en una rareza. Este libro bien podía ser un texto para bibliófilos, y aun para bibliómanos.

Después de Fals Borda, tal vez sea Cataño el sociólogo mejor conectado con las corrientes internacionales de la disciplina, el más actualizado, el que procura informarse más al detalle; la preocupación cosmopolita ha sido uno de sus rasgos persistentes como escritor, como docente, como divulgador. Una gran ventaja de la prosa de Cataño es su didactismo. Se deja ver una preocupación especial por evitarle a lector la consulta del léxico de los especialistas. Sociólogo como el que más, Cataño elude a conciencia la jerga del especialista; la suya es una prosa descriptiva y tersa, como si se propusiera llevar de la mano al lector común sin ahuyentar al lector especializado.

Junto con la preocupación erudita que le lleva a rastrear el primer registro por parte de un colombiano de un autor clásico (una especie de *Who's Who* en pies de página) y el arcaísmo de las genealogías de unas estirpes criollas tan necesitadas de una segunda oportunidad sobre la tierra, vemos aquí expuestas con sencillez pero sin superficialidad

---

\* Sociólogo. Profesor del Departamento de Sociología e investigador del Centro de Estudios Sociales -CES- de la Universidad Nacional de Colombia

ciertas características de la cultura colombiana, respuestas consistentes a preguntas de hoy, terminamos por descubrir que el arcaísmo es un ropaje para introducir con sutileza claves para la comprensión del presente, y que la disociación, o aun la contraposición entre historia y sociología es cosa de los malos manuales de introducción a cualquiera de esas disciplinas, de gestos para la galería, pues la buena investigación social lo que requiere es su complementariedad, su acción conjunta.

Ha trajinado Cataño a los autores que fundamentan una “historia de las ideas”, a la vez que ha sido formado, y cuenta con una trayectoria medible en sus publicaciones anteriores, en una sociología del conocimiento, en una sociología de la ciencia. De hecho, es el único colombiano que mantiene una correspondencia y un constante intercambio con el fundador de esta especialidad, el sociólogo norteamericano Robert Merton. De la primera ha tomado una cierta desenvoltura, una especie de aristocratismo que se percibe en aquellos pasajes en que se rastrea la filiación teórica de un concepto, en que se aplica a las ideas en sí mismas, en su lógica interna. De la segunda son deudores aquellos otros en que se dedica a describir el medio social, el contexto en el que se aclimatan o se adaptan los sistemas teóricos, las ideas importadas.

La pequeña historia, lo nimio de algunas anécdotas y el espíritu de partido o de secta que fue determinante en el surgimiento de universidades que hoy cuentan con una tradición a su favor, ilustraría por qué en Colombia las instituciones académicas y científicas se han visto afectadas por lo que el propio Cobo —siguiendo a Valencia Goelkel— llama “la tradición de la pobreza”, y se arroja así una luz más favorable para el papel de algunos de los pioneros.

¿Cómo se fundaron las Universidades en Colombia? ¿Qué era una Universidad en la Colombia de fines del siglo XIX. y en los albores del siglo XX? Es un interrogante bien respondido, una pregunta para la que hallarnos las repuestas más minuciosas y significativas. Un espejo para que los colombianos de hoy nos miremos con el pudor debido (el mismo pudor que nos hace sonrojar cuando los alemanes se muestran sorprendidos por la *cantidad* de universidades que existen hoy en Colombia). Por cierto que Cataño elude a conciencia el prurito antielitista que ha predominado en la investigación histórica. En la que ha hecho carrera referirse a la “élite” o a “las élites” sin el sentido irónico, o limitado que tenga en cuenta precisamente la pobreza de esa tradición. Tal vez no sea coincidencia que en la Colombia de hoy la única connotación precisa de la palabra élite en su significación más universal la hallemos en la expresión “tropas de élite”, los demás usos son peyorativos. Sin ese prurito entonces lo que procura Cataño es un mayor distanciamiento (y la palabra tiene un buen sentido) un poner en perspectiva, un contextualizar en parámetros más universales a las instituciones que se aplican al conocimiento y a algunos de sus protagonistas.

Una mención especial merece la labor editorial, a la que presumimos que el autor fl<) es ajeno (el propio Cataño cuantas veces se ha empeñado en labores editoriales lo ha hecho de manera impecable). *Historia, sociología y política* es un texto bien editado e impreso; revela una preocupación especial por la diagramación, el tipo de letra y la carátula, que además de sobrias y bien elegidas, admiten ser comparadas con las de las mejores editoriales académicas de otras latitudes.